

En Mahon... 6 rs. al mes adelantados...

El Menorquin

Los anuncios y comunicados se insertarán a precios convencionales...

ORGANO REPUBLICANO FEDERAL DE LA ISLA DE MENORCA.

¡NO MAS REYES NI FRONTERAS!

(SEGUNDA EPOCA.)

VIVA LA REPUBLICA FEDERAL!

Año II.

Mahon, juéves, 8 de diciembre de 1870.

Num. 418.

Este periódico se publicará todos los días por la mañana...

Director: Bernardo Fabregues y Sintet.

Redacción y Administración, calle del Norte n.º 14.

Carta de una amiga a Maria Victoria Enriquez, duquesa de Aosta, reina electa de España.

I.

Hija mía: permítte que te llame hija, ya porque soy viuda...

Te vi otra vez, cuando eras muy dichosa, y yo muy desgraciada.

Te escribo hoy para anunciarte que puede llegar día en que seamos desgraciadas las dos.

Sabes que he perdido el juicio; y Dios te amara tanto, que me envia esta hora de lucidez para que te diga la verdad...

Soy Carlota, la antigua Emperatriz de Méjico, la esposa de Maximiliano.

Tengo prisa de comunicarte mis temores, porque no sé el tiempo que la demencia me dejará libre.

¡Quién nos habia de decir lo que ha pasado, cuando nos vimos por primera vez entre las arboledas de Frascati y de Tiboli!

¡Ay, Maria Enriquez, oye con cuidado lo que me desgracia y te revela! ¡Advierte que es la buena ventura que te dice una infeliz esposa que ha enloquecido de dolor.

IVX

Una comision fué a Viena para ofrecer a mi marido la corona de Méjico.

Maximiliano me llamó y me dijo: Carlota, me ofrecen el Imperio de un pueblo famoso de América.

Yo bajé la cabeza y quedé pensativa.

Maximiliano volvió a preguntarme: ¿qué te parece? Yo continuaba pensando; no le respondí.

Espera, le dije, y Maximiliano se volvió sonriendo.

¡Qué significaba aquella sonrisa? ¡Ay, Maria Victoria! Mi esposo sabia que yo era muger, y que se trataba de una diadema.

besaba mis pies, que se agolpaba para mirarme, que se desvelaba por bendecirme...

¡Ilusion tremenda! ¡Lisonja horrible! Sigue leyendo amiga mía, y verás lo que aquella lisonja me costó.

Yo contesté a mi esposo: «oye, Maximiliano, no te digo que no; pero tampoco te digo que sí».

Mi marido entendió que yo le decia: «no te digo que sí; pero tampoco te digo que no».

Ahora yo debo confesarte que no se equivocaba. Maximiliano vió lo que significaba mi respuesta...

En sus ojos ardía una luz que no pude explicarme entonces. El tiempo me lo explicó despues.

¡Maria! ten cuidado contigo, con tu hijo y con tu Amadeo! La ambicion enciende en los ojos del hombre un reflejo diabólico...

Los ojos de Maximiliano alumbraban de una manera que yo sentí miedo. Maximiliano era un demonio en aquel instante.

«La Comision vendrá a las tres, me dijo; tu la oiras: adérezate».

Mi esposo comprendió que yo me habia oido a mi misma: comprendió que yo habia escuchado mi orgullo de muger, y que no tenia necesidad de escuchar a nadie.

La Comision vendrá a las tres, yo estaba aderezada desde las dos.

¡Aun no sabia ser reina! Un año despues, otra Comision debió verme a la una: yo me aderezaba a las cuatro.

¡Volvio a decirte que estaba aderezada desde las dos! ¿Lo oyes Maria? Yo esperaba impaciente; yo sospechaba que la Comision no iba a venir; yo presumia que la Comision se habia arrepentido.

Maximiliano me decia mirando mis galas: «qué hermosa estás! Emperatriz de Méjico!»

Esta sabia galautería de mi marido me causaba dolor porque yo imaginaba que la Comision habia tomado el camino de América.

Tres criados anunciaron precipitadamente: «la Serenísima Comision mejicana, y yo sentí un estremecimiento de placer».

¡Oh tristes ilusiones! ¡Oh débiles vanidades! ¡Oh degrañados caprichos! ¡Oh terribles espectros de la conciencia!

¡Oh tristes ilusiones! ¡Oh débiles vanidades! ¡Oh degrañados caprichos! ¡Oh terribles espectros de la conciencia!

Sigue leyendo Maria Victoria, sigue leyendo Maria Victoria, sigue leyendo Maria Victoria.

La Comision se quitó los zapatos y me besó la mano. ¡Era lo mismo que yo queria!

La Comision se quitó los zapatos y me besó la mano. ¡Era lo mismo que yo queria!

mas desastrosa. Aseguró que Méjico veria en nosotros otros angeles tutelares.

Maximiliano me miró como si quisiera decirme: «ya ves lo que aseguran; ¿qué hemos de hacer?»

Yo moví la cabeza como si intentara responderle: «es verdad».

La Comision habló despues de la fecundidad del suelo, de la riqueza de los frutos de la dulzura de las estaciones...

Maximiliano me miraba, como si me dijera: «ya ves».

Yo miraba a Maximiliano, como si contestara: «es verdad».

La Comision habló estensamente de las grandiosas vistas del Orizaba, de la diafanidad del espacio, de la extension de los horizontes...

Yo creia ver el color encendido de la aurora y el tinte pálido de las nubes que despiden al sol en Occidente.

Yo me figuraba adivinar el dulce misterio de aquellos ocasos, que se presentaban a mi fantasia como plegarias religiosas de la tarde.

Yo imaginaba percibir la melodía de aquellos pájaros, el aroma de aquellas flores, el murmullo de aquellos rios...

Yo me figuraba ser la Majestad imperial de Méjico, la deidad de América, en lo mas florido y galano del orbe, entre las sonrisas de Dios.

Maximiliano volvia a mirarme como queriendo repetirme: «ya ves».

Yo miraba a Maximiliano como queriendo responderle: «es verdad».

Mi marido y yo nos quedamos solos. ¿Qué te han parecido los comisionados?

Yo le respondí: me han dejado verdaderamente complacida. Son caballeros muy cumplidos y muy corteses.

«Te han besado la mano al entrar y al salir. Se conoce que es gente principal».

«Si, si, contesté yo: debe ser gente principal. Sigue leyendo, duquesa de Aosta, reina electa de un pueblo famoso...

¡Ay mil veces! Aquellos hombres, los comisionados de Méjico, se nos burlaron con mil mentiras, y decian con orgullo: «se conoce que es gente principal».

Si nos hubiesen dicho la verdad austera, la verdad honrada: si aquellos mendigos hubieran sido personas leales, habríamos dicho con repugnancia: «se conoce que es gente plebeya».

Nos embarcamos: el vapor arranca y la tierra de Europa iba desapareciendo de nuestra vista.

Allí quedaban las cenizas de nuestros padres y de nuestros hermanos. Allí quedaban las memorias de nuestra patria.

Renegabamos de la patria que nos vio nacer, alumbrados por las glorias desconocidas de una patria extranjera.

Renegabamos de la patria que nos vio nacer, alumbrados por las glorias desconocidas de una patria extranjera.

y tu cerebro á las falsedades de esos señorones de carnaval.

X.

Maximiliano se acostó; pero no dormía. Yo no quise acostarme. Sentada en un sillón, recliné la cabeza sobre las almohadas de mi lecho, y apenas hubs cerrado los ojos, cuando mi espíritu fué presa de una pesadilla, que no quisiera recordar. ¡Cuánto debes agradecerme este sacrificio de mi conciencia, María Victoria! Estoy desgarrando mis heridas, estoy desgarrando mi corazón, estoy desgarrando mi alma.

En el delirio de aquella pesadilla, yo creía oír muchos disparos entre los lamentos y los gemidos de las nueve mil criaturas sacrificadas. Yo creía ver muchos escuadrones que corrían sobre los miembros palpitantes de aquellos cadáveres insepultos, destrozando sus caras con la herradura de los caballos. Creía ver canes, lobos y tigres que saciaban su sed en grandes charcos, y aquellos charcos no eran de agua. Creía divisar el ojo luciente de las fieras, que volvían la cabeza á todos lados para que nadie las sorprendiese, mientras que sus dientes arrancaban las carnes y rompían los huesos de las víctimas. Yo oía el crugido de aquellos huesos, como la Fedra de Racine: yo veía destilar sangre de aquellos cabellos desgredados, del mismo modo que goteaba sangre la barba del Héctor en el sueño espantoso de la Eneida.

Maximiliano sintió mi angustia, oyó mis suspiros y me llamó repetidamente; más no pudo arrancarme de mi agonía. Se levanta entonces, me sacude con fuerza, casi con frenesí, y pude volver de aquel sueño. No era sueño, María Victoria: era un mundo de gigantes horribles y extraños.

¡Quién hubiera muerto en aquella hora! ¡Oh Dios mío! ¡Dios mío! ¡Cuántos dolores me hubieras ahorrado!

Mi esposo preguntó: «¿qué tienes?» yo le respondí: «y ¿tú me lo preguntas?»

—¿Qué tienes?

—Nada.

—¿Qué tienes, Carlota?

—Nada, Maximiliano.

—Dime lo que tienes; aunque se caiga el cielo y se hunda la tierra.

—¿Quieres que te lo diga?

—Sí.

—He visto *luces en el aire*: no sé qué fantasma me tira de la ropa que llevo: he visto una sombra que figura tres hombres sin cabeza, y yo los conozco.

—¿Quiénes son?

—El emperador Maximiliano y los generales Miramon y Mejía. Tú eres en este mundo mi único amor, el amor de toda mi vida, y te veo perdido. No me digas que no; ¡estas perdido!

—Ya lo sé.

—¡Sálvate y sálvame, Maximiliano! Vámonos de aquí.

—No puedo.

—Tú no eres emperador.

—Pues ¿qué soy?

—Aquí había una partida de malhechores; no tenía capitán, lo necesitaba, y te traje á tí. Tú no eres el emperador de Méjico: eres el capitán de una partida de asesinos y de ladrones: tú, el capitán: yo, la capitana, y esto no puede ser. Si te obstinas en que te sacrifiquen, entre nueve mil criaturas que tú tendrás que sacrificar, á mi no me acude valor para presenciar el sacrificio. Me vestiré de luto y me volveré á Europa. Te dejo mi alma, pero se va mi cuerpo.

—¿Dices que te vas?

—Sí, me voy; quiero probar si me es posible salvar á un hombre.

—Carlota; tú no me amas hoy como me amabas antes.

—Te amo más, pero te temo. Amo á mi esposo, temo al tirano. Tú eres el tirano de un pueblo inocente.

—¿Yo soy tirano?

—Sí.

—¿Te vas á Europa?

—Sí.

Maximiliano permaneció frío, inmóvil, mudo como una piedra.

De repente se cubrió el semblante con ambas manos, y rompió á llorar.

¡Hija de mi alma! ¿Estrañarás que esta desdichada mujer haya enloquecido?

XI.

Llegó la hora de partir. ¿Que diferencia entre la recepción y la partida! Nadie me habló de la riqueza de los frutos, de la fecundidad del suelo, de la benignidad del clima, ni del murmullo de las fuentes, ni del aroma de las flores, ni de la melodía de los pájaros, ni de las vistas del Orizaba. No vino ninguna Comisión.

Un periódico publicó por entonces el siguiente anuncio: *se vuelve á Europa la viuda del emperador mejicano.*

Yo dije á mi esposo en el momento de partir: «¿te quedas?»

—Es mi destino, replicó.

—Pues en Europa, proseguí, recibiré una carta tuya, concebida en términos semejantes: «Tú lo adivinaste, Carlota: el rayo de luz que entra en mi morada, es el último sol que veré. Estoy en capilla, arrodillado ante la figura de Jesús. Dentro de una hora, caminaré al suplicio entre un sacerdote y el verdugo.»

No quiero decirte lo que pasó por mi corazón en el momento de separarme de Maximiliano. Yo sabía que me separaba para siempre, y era el único amor que he tenido, que tengo, que tendré.

¡Ojalá que no hubiera amado!

XII.

El buque parte. El silbido del viento en los tubos, me parecía que era el ruido de una batalla.

¡Maldita sea la guerra!

¡Malditos sean los ambiciosos que las provocan!

El continuo embate de las olas, me parecía que era el hervidero de la sangre.

En el ruido de la máquina, oía el estruendo de hachas, de cañones y de fusiles.

Los fogoneros del vapor se me representaban como verdugos.

A los veintion días de navegación subí á cubierta. Mis ojos se estendieron por el mar, y en todas partes hallaba el rostro de Maximiliano.

Puesto ya el sol descubrí en el espacio un punto blanquecino y movible.

¿Qué es aquel punto que se descubre en el horizonte, mi brigadier, pregunté al jefe del vapor?

—Señora, las playas del Báltico.

—¡Playas del Báltico, arenas de mi patria, exclamé en mi conciencia: aquí me tenéis como os prometí: vuelvo á vosotras vestida de luto!

Llegué á París, corrí á las Tullerías y grité al primer palaciego: «anunciad al emperador que quiere hablarle la viuda de Maximiliano.»

¡Ay, María! Napoleon me recibió como un hombre de palo, como una estàtua de granito, como una máquina de hierro.

Pero yo divisaba una cruz, á cuyo pié lloraba una mujer: mas que una mujer; una madre. Yo

tenía esa grande esperanza: yo adoraba esa grande fé religiosa: yo bendecía el dolor del Calvario: yo anhelaba recibir un consuelo de Jesucristo y de María.

Volé á Roma, fui al Vaticano, puse los labios en el pié de su Santidad; y al besar aquel pié, vi nuevamente *luces en el aire*; vi la sombra que figuraba tres cuerpos sin cabeza; vi DOS MANOS CRUZADAS; manos que chorreaban sangre, como los cabellos de las víctimas; manos que enlazaban dos horcas; manos que hablaban y decían: SOMOS MONTY Y TOGNETTI.

Ya no tuve esperanza; se apagó mi fé; me acordé de un hombre y perdí el juicio.

XIII.

Me condujeron á Viena; pero en Viena hay mucha algazara, y vine á este castillo. Aquí estoy en el campo. Vivo con el silencio, con la soledad y con una memoria adorada. Aquí me trajeron una caja que contiene los restos del hombre á quien amé.

La abrí un día sin que nadie me viera. La mano derecha de mi esposo estaba cerrada, como si fuese una plancha de bronce. Mis manos abrieron la suya, y encontré un papel que decía: «Carlota, tú lo adivinaste; la luz que penetra en mi morada, será el último sol que veré. Estoy en capilla, arrodillado ante un Nazareno. Dentro de algunas horas iré al sacrificio entre el sacerdote y el verdugo. Tú no tienes la culpa; consuélate y perdóname. Saluda á mi familia y á mi patria. Adios, Carlota; el juicio de Dios me espera. Ya que he vivido mal, quiero morir bien. Mi último suspiro será para tí. ¿Quién te hubiera creído, amada mía?»

¡Estrañarás, mi querida amiga, que esta pobre mujer haya perdido la razón?

Me miro al espejo muchas veces y exclamo: «Yo no soy la que era. Yo no soy Carlota. Yo no soy mujer. Yo no tengo vida. Yo no tengo alma. ¡Un alma tenía y me la robaron! ¡Volvédmela ladrones!»

XIV.

Napoleon III, levantado, me perdió á mi.

Napoleon III, caído, te perderá á tí.

XV.

La historia de hoy cuenta cuatro mujeres destronadas en menos de dos años: SOFIA, reina de Nápoles; CARLOTA, emperatriz de Méjico; ISABEL II, reina de España; EUGENIA, emperatriz de Francia.

La historia de mañana hablará de cinco mujeres: la quinta será María Victoria; la quinta será tú.

XVI.

Si sales de Italia; si surcas el golfo de una ciudad noble y gloriosa, puedes decir: «Adios, golfo de Génova! Cuando vuelva á surcar tus aguas, ellas me verán vestida de negro.»

Si permaneces en Turín; si consientes que vaya tu esposo; si lo fascina una corona; si lo atrae una serpiente, prepárate para recibir la siguiente carta: «María, todo concluyó; da un beso á nuestro hijo.»

—Amádeo.

He de terminar esta carta. Adios, María Victoria! Siento que se turba mi mente. Siento que mi alma vuelve á rodar por los insondables abismos de la locura. Vuelvo á ver *LUCES EN EL AIRE*. Veo otra vez la sombra de cuerpos sin cabeza. Veo dos manos cruzadas. Oigo el crugido de los huesos. Veo muchas fieras que sacian su sed en charcos de sangre. Tan pronto me parece que soy un dios: tan pronto me parece que soy un monstruo del infierno.

¡Oh, hija de mi corazón! No salgas de Turín; no salgas de Florencia; no salgas de Roma; no dejes á tu patria.

¡Mira que te engañan como á mi me engañaron!

¡Mira que te venden como á mi me vendieron!

¡Mira que sufrirás lo que yo sufro!

He dicho glorias desconocidas. No eran glorias desconocidas, María Enriqueta. Eran jay de mí glorias criminales.

Cuando observé que desaparecían las costas alemanas, sentí una punzada en el corazón, y allí dió principio la calentura que más tarde turbó mi mente: allí principió este delirio que consume mis fuerzas, esta tisis horrible que devora mi vida.

Hay dos clases de fiebre, María Victoria: la del cuerpo y la del espíritu.

La del cuerpo mata.

La del espíritu, enloquece.

¡Teu cuidado de tu esposo y de tí!

Cerca ya del anochecer del mismo día en que nos embarcamos, divisé un punto blanquecino en el horizonte. Aquel punto blanco, casi amarillito, parecía moverse, como si fuese una bruma del mar.

Me acerqué a mi esposo y le dije: «¿Qué es aquel punto blanco y movable que se vé a lo lejos?»

—Son playas.

—¿Qué playas son?

—Las playas del Báltico.

—¡Adios, costas del Báltico! grité en mi conciencia. ¡Adios, arenas de mi patria! Cuando vuelva a vosotras algún día, me vereis vestida de luto!

—¿Qué tienes? me preguntó Maximiliano.

—Nada, respondí yo.

¡Yo también le mentía! ¡Yo también le engañaba! ¡Todos le engañaron, todos le mintieron, también su mujer!

¡Oh esposo mio, hombre desgraciado, sombra adorada de mi vida, perdóname!

¡Estrañarás, María Victoria, que haya perdido la razón? ¡Estrañarás que haya enloquecido? Sigue leyendo.

VI.

Empleamos en el viaje veintitres días entre cielo y agua, entre día y noche; entre sol y estrellas, cuando en la tierra nos está esperando una corona. Yo estaba tan celosa de mi diadema, tan enamorada de mi Magestad imperial, que cada ola me parecía un escollo en donde el buque iba a estrellarse.

Maximiliano me miraba como si quisiera preguntarme: «¿Llegaremos, Carlota?»

Yo le miraba como si quisiera decirle: «¿Llegaremos, Maximiliano?»

¡Ay, amiga mía! ¡Por qué el mar no fué caritativo con nosotros?

¡Por qué no abrió sus senos misteriosos a la nave que nos conducía?

VII.

Llegamos a Méjico. ¡Cuanta gente! ¡Cuantos vittores! ¡Cuantas flores en el camino y en las calles! ¡Cuantas colgaduras! ¡Cuantos himnos! ¡Cuantas luminarias! ¡Cuantas alegrías! ¡Cuanto amor!

Y sin embargo, ¡horrorízate, María Victoria! Méjico nos odiaba. Fuimos recibidos como dos ángeles tutelares, como dos espíritus celestes, como dos semi-dioses; pero Méjico nos aborrecía.

Si alguna vez sales de Italia; si el resplandor de una corona ciega tus ojos y tu corazón, no fíes en el número que rodea la portezuela de tu coche; no fíes en la muchedumbre que obstruya tu paso; no fíes en los ojos que se agolpan a verte. El pueblo vé a los reyes y a los emperadores como vé un espectáculo teatral, una corrida de novillos ó una colección de animales curiosos. El pueblo vé a los reyes como vé a los ajusticiados.

Ni fíes tampoco en la sonrisa de los que el mundo llama grandes. Y ¡si tú supieras, María Enriqueta, qué pequeños son! Si tú los vieras en su tamaño natural! Si tú los vieras desnudos de pom-

pas! ¡Si tú los vieras como yo los he visto!

Los cocodrilos y esos hombres son parecidos en que ambos buscan una presa por desgarrarla con sus dientes.

El cocodrilo llora para atraerla.

El hombre sonríe para entregarla.

El cortesano rie; el cocodrilo llora; pero cocodrilo y cortesano lloran y ríen para atraer y para devorar.

No olvidaré nunca que un magnate de Méjico se arrastró a nuestros piés, y besaba la tierra que nosotros pisabamos.

Aquel fué el primero que nos hizo traicion.

Aquel fué el primero que perdió a mi marido.

Aquel fué el primero que conspiró, hasta que logró verlo fusilado.

¡Fusilado, María! ¡Oyes? Mi marido fué fusilado. ¿Lo oyes; Enriqueta? Fue fusilado en suelo extranjero. ¿Lo has oído bien? EN SUELO EXTRANJERO.

El que más nos adula, es el primero que nos engaña.

El que más nos besa las manos, es el primero que nos vende.

El que más se arrastra, es el primero que nos entrega.

¡Yo te lo digo! ¡Yo lo sé! ¡No dudes! ¡Ay de tí, si dudas!

María, te ví en Frascati, te ví en Tiboli, cuando eras muy jóven, muy bella, muy dichosa.

Por tu dicha, por tu belleza, por tu juventud, no olvides las palabras de una amiga fiel, que no puede engañarte, porque es muy desgraciada; la más desgraciada que pisa la tierra; la más desgraciada que nació de madre.

Amaba a un hombre más que a mi vida, y me lo asesinaron. Nó le asesinó Méjico. Los pueblos no asesinan. Lo asesinaron aquellos hombres que nos vinieron a buscar; los que se sonreían, los que nos besaban las manos, los que se arrastraban a nuestros piés.

¡María, cuida de tu esposo, de tu hijo y de tí!

¡Tienes conocimientos de que algunos llaman al duque de Aosta?

¡Hija mía, mucho cuidado!

¡Ves esos que le llaman, que inclinan la cabeza, que se arrodillan? Pues esos mismos le fusilarán.

¡Yo te lo digo! ¡Yo lo sé! ¡No dudes, María!

VIII.

Pasan las colgaduras, los himnos, las luces, los arcos de triunfo, los vittores, las flores. Vienen noticias de la guerra, y mi marido me miró de un modo que yo no pude comprender.

Hay misterios que están en las profundidades de la vida, están como los abismos en las profundidades de la tierra, como están los volcanes en las profundidades de los abismos, como están ciertas penas en las profundidades del alma.

Mi marido vió algun arcano; un arcano tremendo, me miró y no dijo palabra. ¿Qué había de decirme, si aquel arcano era una sentencia de muerte?

El emperador llamó a un personaje del gobierno, y ambos se ocultaron en una estancia. Escondida yo entre los cortinajes de una puerta escuché parte de lo que hablaban.

Mi esposo dijo finalmente al personaje de aquel país: «pero bien ¿A CUANTOS SERÁ MENESTER FUSILAR?»

«Bastarán OCHO Ó NUEVE MIL, contestó una voz trémula.»

Nueve mil criaturas iban a ser sacrificadas, y lo fueron realmente.

El personaje del gobierno desapareció, y el emperador quedó solo. Yo fui a buscarle.

—¿Qué habeis tratado?

—Nada.

Yo le miré de un modo fijo, durante mucho tiempo. Maximiliano bajó la cabeza y clavó los ojos en tierra.

¡Estrañarás, amiga mía que esta infeliz mujer haya perdido la razón?

¡Oh Enriqueta! Antes que morar en ciertos palacios, procura vivir en una cueva de bohemios, en una cabaña de pastores en la choza de un pescador. En la choza, en la cabaña, en la cueva, puedes creer en Dios; puedes esperar en la Providencia de este mundo; puedes amar a un hombre; a un padre, a un hijo; en una mazmorra, puedes amar, puedes creer: en ciertos palacios no cabe otra cosa que sospechar, aborrecer y maldedir.

La Comision nos dijo que Méjico se encontraba en manos de la más desastrosa anarquía.

¡Era falso, Enriqueta! La anarquía estaba en la Comision y en los hombres que la enviaban para perdernos.

La anarquía estaba en algunos ambulantes políticos, pordioseros de ayer, hambrientos de siempre, metidos a señores y déspotas, sin saber ser déspotas ni señores.

La anarquía estaba en algunos corazones hinchados, en algunas conciencias podridas, en unos cuantos miserables plebeyos, metidos de un golpe a reyezuelos de sí mismos, los cuales se hacían los honores mandando tocar a su paso LA MARCHA REAL, mientras que no saben llevar la corbata blanca, y mientras que sus trajes y sus vestidos huelen a legajos del procurador, a drogas de botica, a sala de hospitales, a rancho de cuartel, a cal y canto, a diccionarios de geografía, a mostrador, a manteca de Flandes y carne de puerco.

En ellos estaba el desorden, la gala, la disolución, el latrocinio, la bancarrota, la apostasía, la desvergüenza, el escarnio de toda idea moral, de todo sentimiento digno, de todo instinto honrado, de todo pudor.

¡Ay María Victoria, tú no sabes lo que ha sucedido!

Los comisionados venían en grandes buques; daban grandes banquetes; se le asignaron para un plato veinticinco duros todos los días; trajeron además cinco mil duros en pequeñas monedas de oro para socorrer a los pobres de otro país, haciéndose los ricos, los opulentos y los grandes. Pues en tanto que esto pasaba, poblaciones importantes de Méjico se veían azotadas de la fiebre amarilla y de la miseria; y los maestros de la niñez se morían de hambre, y los soldados corrían las aldeas matando a los hombres por cobrar los impuestos públicos.

¡Lo olvidarás? La caballería invade los pueblos, arrancando a tiros girones y lágrimas, como en los tiempos de la barbarie, como en los tiempos de la conquista, como en los tiempos de Motezuma.

Ah! tienes la anarquía en cuyo negro fondo agoniza Méjico.

¡Ah malvados! ¡Por qué os creimos? ¡Por qué os creimos, en lugar de entregaros a la justicia, como los primeros bandidos de América! ¡Ay! ¡Si otra vez sucediese!

Mi querida amiga: si en estos instantes se hiciese la anatomía de mi cuerpo, verías que mis entrañas están secas, ¡Cuanto he llorado! ¡Cuanto he sufrido!

¡María, María, aprende de mí! Cierra tus oídos

¡Mira que llegará un momento en que tu esperanza no concebirá otra ventura que la ventura horrible de morir loca!

¡María! ¡María! Cuida de tu esposo, de tu hijo y de ti!

Te he dado la prueba mas grande de amistad que puede darte mujer nacida, contandote historias, dolores y misterios que nadie conoce mas que tu infortunada y leal amiga

CARLOTA, emperatriz de Méjico.
(La Federacion Española.)

CRONICA LOCAL.

Hoy debe haber salido definitivamente la Bomba por quedar lista la fundicion en el dia de ayer.

No podemos menos de aplaudir los propósitos de esos jóvenes combatiendo al fanatismo, ora con la sátira, ora con razones concienzudas, al mismo tiempo que les agradecemos el haber consignado en su hoja que no formaban parte de nuestra Redaccion.

Se nos ha informado que la «Bomba» se espande hoy en la calle de Gracia n.º 20 y en la imprenta de Fabregues Hermanos ademas de el espendedor de costumbre.

En vista del completo estado de salud que se disfruta en nuestro Lazareto, anteayer quedó dicho establecimiento abierto al público. Sea enhorabuena.

Y continúan lloviendo secciones de católicos en Ciudadela. La 12.ª queda publicada en La Crónica de ayer; para algo debe haber residido allí por espacio de tantos años el obispo Mateo. Despues de tanto apostolado, son muy pocos 366. Podria apostarse algo que no llegan a ocho católicos por cada uno de negras faldas. Y mujeres cuantas habrá? Segun frases de algunos envidiosos en aquellas secciones se admiten hasta a los jóvenes imberbes para «hacer número.»

Insertamos con gusto el siguiente suelto que nos ha sido entregado para su publicacion.

«Somos poco aficionados a quemar incienso en gloria de personalidad alguna; pero amantes de la justicia, no podemos menos de hacer público la conducta de estas autoridades de Marina, pues gracias a ellas y al celo que les honra han evitado la pérdida total de la polacra goleta de esta matrícula «San Jorge», cuyo buque salió en la mañana del 6 del corriente y por efecto sin duda del temporal que reina, al anochecer del mismo se presentó a la boca del puerto haciendo todo lo posible el capitán de aquel para tomarlo; al emprender la entrada por faltarle una virada, tuvieron que fondear en sitio tan peligroso que sin el pronto y eficaz socorro de la lancha de auxilio que aquellas autoridades le enviaron sin pérdida de tiempo, hubiera sido inevitables la pérdida completa de la referida embarcacion, con inminente riesgo de las vidas de sus tripulantes y pasajeros.»

El alternado aguacero de estos dias se convirtió el martes en aluvion por la parte conocida por es vergés, hasta el punto de no poder nuestros hortelanos conducir su cotidiana carga, a causa del agua que interceptaba el camino.

Creemos que con la lluvia nuestros campos saldrán muy beneficiados.

La banda del regimiento infanteria de Toledo, tocará hoy en misa la Sinfonia de Campanone y tanda de vales Las orillas del Turia.

Por la tarde en el paseo si el tiempo lo permite las mismas piezas y las Malagueñas y Mazurca La perla de Alemania.

CULTO CATOLICO.

Santo de hoy.

* La Purisima Concepcion de Nuestra Señora, Patrona de España y de sus Indias.

CORTE DE MARIA.—Hoy se hace la visita a Nira. Sra. de los Dolores.

Santo de mañana.

Santa Leocadia virgen y mártir.

MOVIMIENTO DEL PUERTO.

Entrados a libre plática el dia 6.

De Palma y este Lazareto en 15 días con los 10 de cuarentena, laud esp. Joven Maria, de 23 ts., p. Juan Planas, con 6 trip., 4 pas., cebada y cebada. —Consignado a D. Jorge Pons.

Id. el 7.

De Malta, Tarragona y este Lazareto en 25 días con los 10 de cuarentena, bergantin griego Possidon, de 241 ts., cap. Sr. Nicolás Camenos, con 10 trip., y trigo.—Consignado a la orden.—Despachado para Tarragona.

Despachados el dia 7.

Para Ciudadela, laud esp. Andrés, de 14 ts., p. Bal-liñá, con 4 trip. y varios efectos.

BOLETIN DE ANUNCIOS.

Don Celestino Sagarminaga y Arriaga, Juez de primera instancia del partido de Mahon.

HAGO SABER: Que el dia cinco de Enero próximo a las once de su mañana, siendo la postura competente, se venderá simultaneamente en este Juzgado y en el Municipal de Ciudadela, en pública subasta, una finca consistente en dos porciones de terreno sembrado, su medida cincuenta áreas, perteneciente a la testamentaria de Bernardo Benjam y Lliteras, con arreglo al pliego de condiciones que obra en la Escribania del infrascrito y en la Secretaria de aquel Juzgado Municipal y con la rebaja de un quince por ciento de su justiprecio, pues así lo tengo mandado por auto de esta fecha dado a instancia de los interesados en el expediente sobre venta de dicha finca. Dado en Mahon a cinco de Diciembre de mil ochocientos setenta.—Celestino Sagarminaga.—Pablo Teixidor, Escribano.

INODORIZA

Juana Sintés y Mercadal, que vive en Torret, desea hallar criatura para amamantar. Tiene la leche de ocho dias.

PARA VENDER.

Una prensa de madera para exprimir uvas, varios cascós, medias pipas, cuartos octavos

de idem, barriles, embudos para trascalor, todo con aros de hierro y algunas vigas pequeñas usadas a precios módicos. Moreras y informarán.

SIR VIENTE.—En Villa-Carlos, calle Mayor n.º 30, hay uno que desea hallar colocacion. Tiene personas que abonen su conducta.

En el Almacen de Blas Mata, cuenta de la Marina n.º 13, bajo la Pescadería, se vende vino tinto superior a 3 reales plata quarter y vinos blancos a 7 id.

PIANINO PARA VENDER.

En esta imprenta informarán.

PARA VENDER.

Lo están dos armarios con vidrieras, su altura trece palmos y su anchura de nueve id. Para su ajuste se verán con el dueño, calle de Cifuentes n.º 12.

Esteban Renard

dentista mecánico del Duque de la Victoria, ex-regente del Reino.

Pone dientes, muelas y dentaduras artificiales y todo lo que corresponde a la prothesis dentaria con todos los adelantos del arte.

Hace saber a todas las personas que le honran con su confianza, que para complacerles alquilará en breve otra habitación en un punto mas céntrico.

Vive calle del Castillo n.º 118.

TEATRO.

COMPANÍA DE AFICIONADOS.

Funcion para hoy jueves 8 diciembre.

1.ª Sinfonia de la ópera Fausta.
2.ª El drama de costumbres en 3 actos y en verso, por D. Garpar Nuñez de Arce, titulado:

Deudas de la honra.

3.ª La pieza en un acto, nominada:

A un cobarde otro mayor

A las 7 y media.

En los intermedios la orquesta tocará las piezas siguientes:—1.ª Rigodons.—2.ª Mazurca.—3.ª Wals.

PRECIOS.—Palcos de platea 10 rs. vn.—Id. de primera fila 12.—Id. de segunda 8.—Id. de tercera 4.—Butacas 2.—Entradas 2.—Niños y soldados 1 real vellon.

MAHON.—Tip. de Fabregues, hermanos.